

La ética en un horizonte pospandemia

MSc. Jorge Aragón
Investigador

La sociedad contemporánea vive una inquietante contradicción: por un lado, hace imposible la vida ética dadas las formas de vida egocéntricas competitivas, pero a la vez necesita de la ética para poder salir de sus conflictos.

Miguel Ángel Polo Santillán

La polis griega es la representación modélica de la ciudad occidental. Como alusión a una “reunión de ciudadanos”, refiere lo político en tanto campo de deliberación. Es sabido que los antiguos griegos pusieron particular atención a todo aquello que les distinguiera de los bárbaros, de lo cual derivaron formas complejas de organización sociopolítica y económica. De la mano del pensar, en tanto uso sistemático de la razón, la preocupación centrada en la virtud de la praxis (el hacer cotidiano) fue determinante en el tránsito del mito al logos. En consecuencia, la búsqueda de una vida virtuosa pasó a ser una convicción, es decir, un imperativo ético.

La ética estaba determinada así por el uso y la costumbre, de manera que una vida individual virtuosa, dedicada al mejoramiento continuo de prácticas y saberes, redundaría eventualmente en convenciones racionales humanas igualmente virtuosas, capaces de albergar un orden (moral) afincado en el cumplimiento de la norma. Después de todo, el sentido de polis se encontraba ligado justamente al de isonomía, que denotaba igualdad ante la ley e igualdad de expresión de las ideas.

La noción de ethos, de donde deriva la palabra ética, era la forma inicial para referirse al

lugar de habitación, residencia, morada. Consecuentemente, el ethos urbano vendría a estar determinado precisamente por un ejercicio colectivo de construcción de sentido, que resultaba de la necesidad de colocar la colaboración como fundamento de ese hacer humano cotidiano. Tras el abandono de la condición natural, nómada y bárbara, el ethos pretendía significar un segundo refugio, un más allá de la naturaleza de orden biológico, un orden humano.

La ética tiene en la polis griega su expresión como fundamento del “vivir bien” aristotélico. Como formadora de carácter, la importancia de su tratamiento filosófico trascendió el umbral de la dilucidación binarista entre el bien y el mal, para dar forma a un pensamiento en torno al juicio moral y el comportamiento humano.

En una época de incertidumbre como la que atravesamos, nos conviene volver a la interrogación acerca de las implicaciones éticas de nuestros propios actos. De nada sirve un progreso tecnológico que nos brinde una cura contra el bioagente SARS-CoV2, si éste se encuentra desprovisto de un espíritu moral capaz de guiar a las sociedades hacia nuevas formas de relación. Una eventual “nueva normalidad” debe ser la oportunidad para poner en práctica formas de relación social integradoras y colaborativas, capaces de exaltar lo mejor del espíritu humano, donde el pretendido “buen vivir” implique una relación de respeto entre el ser humano y su primera morada: la naturaleza.